





18 (J=135)

El agua se aprende por la sed;
la tierra, por los océanos atravesados;
el éxtasis, por la agonía.

La paz se revela por las batallas;
el amor, por el recuerdo de los que se fueron;
los pájaros, por la nieve.



¿De quién son estas camitas —les pregunté—
que en los valles están?

Algunas sacudieron sus cabezas
y otras sonrieron,
pero ninguna respondió.

Tal vez no oyeron —dije—.

Preguntaré de nuevo.

¿De quién son las pequeñas camas
que, tan juntas, en la llanura están?

La más pequeña, un poco más allá,
es de Margarita.

Cerca de la puerta, para despertarse el primero,
el pequeño Diente de León.

La de Iris, y la de Aster;
la de Anémona, y la de Campanilla;
la de Bartsia, con la manta roja;
y la de Narciso, el regordete.

Mientras tanto, en muchas cunas,
movía Ella, ligero, su pie;
susurrando la más linda nana
que jamás a un niño arrulló.

¡Silencio! Epigea se despierta.
Crocus mueve sus ropitas.
Rododendro tiene las mejillas carmesí,
¡está soñando con los bosques!

Después, volviéndose con cuidado,
dijo: «Es su hora de dormir.
Los abejorros las despertarán
cuando estén los bosques rojos,
en Abril».





24 (J-156)

Me quieres. Estás segura.
No temeré equivocarme.
No me despertaré engañada
una sonriente mañana
para descubrir que la luz del sol
ha desaparecido,
que los campos están desolados,
¡y que mi amada se ha ido!

No debo inquietarme. Estás segura.
Nunca llegará esa noche
en que, asustada, corro a casa, a tu lado,
y encuentro las ventanas oscuras,
y que no está mi amada.
¿Estás segura? ¿Nunca llegará?



Asegúrate de que estás segura.
Sabes que lo soportaré mejor ahora,
si me lo dices así,
que si, cuando la herida haya curado,
en este dolor que tengo,
me hieras otra vez más.



27 (J-169)

Mirar en la cajita de ébano, con devoción,
cuando los años han pasado,
sacudiendo el aterciopelado polvo
que los veranos han posado.

Levantar una carta hacia la luz,
oscurecida ahora, con el tiempo;
reparar las palabras desvaídas que,
como el vino, un día nos alegraron.

Tal vez, encontrar entre sus cajoncillos
la arrugada mejilla de una flor,
recogida hace mucho, una mañana,
por una galante mano desaparecida.

Un rizo, quizás, de frentes
que nuestra constancia olvidó;

tal vez, un antiguo adorno
de una moda que ya pasó.

Y después, dejarlos reposar de nuevo,
y olvidarnos de ellos,
como si la cajita de ébano
no fuera asunto nuestro.



40 (J-231)

Dios concede a los laboriosos ángeles
tardes libres para jugar.
Me encontré con uno,
olvidé a mis compañeros,
todo, inmediatamente, por él.



Dios llama a los ángeles, puntualmente,
a la caída del sol.
Perdí al mío.
¡Qué aburridas las canicas
después de haber jugado a las coronas!

